

ciudadana frente al Estado y la separación de los poderes legislativo y ejecutivo, siendo contraria, por lo tanto, a cualquier concepto de consenso y de facciones estatales que representan ideologías, examinar toda esta información, analizarla y hacerlo bajo la luz que proporciona el conocimiento de que la política es la lucha de los individuos por alcanzar el poder, tiene un efecto enormemente desestabilizador y discordante en la psique de la mayoría de las personas. Descubrir finalmente esta realidad, oculta ante los ojos de todos nosotros y distorsionada progresiva e ininterrumpidamente por medios de comunicación, escuelas y centros de enseñanza, produce un miedo y desconcierto comprensible y lógico que, para cualquier profesional de la psiquiatría o conocedor de la psicología humana, no supone ninguna sorpresa y es representado bajo el nombre de disonancia cognitiva; es decir, una falta de correlación entre los conocimientos que tenemos asimilados en nuestro cerebro y la realidad que se presenta, retardadora, ante nuestros sentidos.

*"A veces, la gente no quiere escuchar la verdad porque no quieren que sus ilusiones se vean destruidas"*

-Friedrich Nietzsche.

Para algunas personas, conocer y ver expresadas estas ideas, poderlas interiorizar y acomodar a su propia realidad tiene, sin embargo, un efecto liberador y les permite poder articular y ensamblar una serie de sentimientos -que habían tenido que ocultar y reprimir- en oposición a las ideas dominantes y compartidas por la opinión pública o publicada. No hacerlo de este modo, impediría una cierta integración social, acorde a lo dictado desde todos los medios de comunicación españoles y somete, la propia experiencia vital y personal, a lo considerado por la mayoría como políticamente correcto. Es decir, aceptar las premisas de este régimen, inhibe la expresión libre de la propia identidad política de cada individuo. Este proceso, abrazado con alivio por muchas personas, les permite equilibrar la realidad de los hechos constatados con los mensajes que son difundidos constantemente por la propaganda y que están presentes, de una u otra manera, en todas y cada una de las conversaciones más o menos informales entre los españoles.

De igual forma que la alienación a la que fué sometida la sociedad alemana, anterior a la llegada de Hitler al poder (y que se regía por un sistema de partidos estatales muy similar al que tenemos hoy en España), devino en una realidad material que hoy espanta a cualquier persona civilizada, las

premisas equivocadas que hoy fundamentan nuestra situación política no pueden sino concluir en forma igualmente inesperada e indeseada, si continúan con la orientación actual. Esperemos y deseemos que no lo hagan mediante una materialización tan nefasta para la esencia humana, como la que acompañó al desarrollo del nacionalsocialismo alemán.

Es difícil y requiere de gran valor y honestidad personales, enfrentarse a todos los conocimientos y prejuicios que se acumulan a lo largo de la vida, para permitir una observación distanciada y con cierta perspectiva de lo que cada uno, en forma mecánica y por ello automática, asume como inamovible y certero. La práctica totalidad de articulistas y periodistas de nuestro país repiten con insistencia la palabra democracia que, por ser falsa en nuestra realidad política, se convierte en un adjetivo que trata de paliar los efectos y suavizar la mentira política que se oculta de forma reiterada y sistemática. 'Hombre, pero al menos tenemos más libertades que cuando vivía Franco' es un argumento utilizado con frecuencia junto a otro bastante habitual en las conversaciones: 'ninguna democracia es perfecta y todo es mejorable' expresando con ello una patente cobardía intelectual y un profundo desconocimiento de lo que es la democracia formal en su origen etimológico y posterior desarrollo histórico a partir de la fundación de los Estados Unidos de América.

Cuando un régimen está basado en el poder de una reducida oligarquía política y en la anulación de la sociedad civil para conseguir una integración de su 'espíritu dentro del Estado' (un concepto asumido por el fascismo), jamás puede ser ni más ni menos democrático, simplemente es la dictadura de unos pocos mediocres, en la forma en que, ya en tiempos de la Grecia clásica, expresó el filósofo Aristóteles y que deviene como forma degenerada de poder sin la virtud que se presume a las élites aristocráticas.

El miedo a lo desconocido, el temor ante la idea de la libertad propia y la ajena, y la negación constante de una evidencia que cada vez golpea con mayor insistencia nuestra realidad cotidiana, es lo único que nos aleja de la verdadera revolución pacífica, pero rupturista y radical, contra el sistema actual y vigente en toda la Europa continental. La asimilación progresiva de esta disonancia cognitiva de la que hablo en este artículo, es la única vía de escape realista y positiva frente a la gran mentira que se esparce, como una gigantesca mancha de alquitrán pegajoso, en las aguas del gran océano que constituye nuestra sociedad.

# CUADERNO para la LIBERTAD VERDAD LIBERTAD CONSTITUYENTE

Número 12 - Mayo 2022

La libertad de uno es fundada por la libertad de todos

www.diarioerc.com

CLC ES UNA INICIATIVA DEL MOVIMIENTO DE CIUDADANOS HACIA LA REPÚBLICA CONSTITUCIONAL. FUNDADO POR D. ANTONIO GARCÍA-TREVILJANO FORTE

## ¿Quién sostiene a los tiranos? (III)

*Los pilares del Régimen de 1978*

Por **Carlos Fernández López** - 18 de febrero de 2022

### EPÍLOGO

#### La resignación es el estigma de los esclavos

La verdad está prohibida en España, o mejor expresado, está proscrita. La ocultan, la tergiversan y la maldicen los gobernantes, los periodistas, los enseñantes y por extensión casi todo el pueblo español.

Quien la busca para conocerla, aprehenderla, compartirla y, si tiene vocación pedagógica o necesidad política, enseñarla a sus compatriotas, está mal visto en sociedad, será considerado despreciable hasta el ostracismo. Por muy humilde que sea su actitud, por muy riguroso que sea su razonamiento, por muy atento que permanezca a la comprensión de las pasiones, por muy noble que sea la causa que lo motiva, será considerado un renegado, un hereje, un traidor, un miserable, un engréido, ... Pero tú, ¿quién te crees que eres?, ¿acaso eres más listo que los demás?, ¿mejor persona?, ¿cómo osas disentir de lo que todos damos por cierto? Se le negará el saludo, algunos de los que creía sus amigos dejarán de serlo o parecerlo, quizá algún familiar le retire un cariño aparente que nunca le tuvo, sus vecinos le mirarán con el recelo de quien no está a gusto en su presencia, muchos se alegrarán de sus adversidades, unos pocos le serán fieles y nunca sabrá cuantos le admiran en secreto.

Mas, ¿qué ínfimo valor tienen estas nimiedades si se comparan con el tesoro de su contrapunto?: el amor por la verdad, la excelencia en el trato, la firmeza de las convicciones y, sobre todo, la adecuación entre el pensamiento (la conciencia) y la acción.

Y, ¡es tan grande la soberbia del hombre actual!, ¡con qué ligereza se burla de los antiguos, que creían en olimpos llenos de dioses y aceptaban los pronósticos de los

oráculos!, ¡con qué desprecio se refiere a las creencias de los fundamentalistas religiosos!, ¡con qué aire de superioridad denigra las supersticiones que no comparte!, ¡cómo se ríe de las mitologías nórdicas, de los tótems indios, de los animistas africanos; en fin, de las costumbres de otros pueblos!, ¡cuán desconsiderado es al menospreciar a sus antepasados, que confiaban en hechizos y rezos para solventar sus problemas, o tenían visiones que él no puede comprender!, ¡ah, y esos locos que bailan para que llueva! ¡Qué salvajes eran aquellos hombres primitivos, que mutilaban sus cuerpos para verse más hermosos, que dejaban morir a sus ancianos porque el alimento no era suficiente para todos, que asesinaban a niños recién nacidos según las circunstancias de su costumbre, que ofrecían en sacrificio vidas humanas para calmar la cólera de alguna deidad malvada!

Piensa todo esto mientras ofrece su brazo al Estado para que le inyecte una sustancia cuyo efecto desconoce; al mismo tiempo tolera que los niños de su tribu sean torturados, los ancianos despreciados, los enfermos desatendidos y él y todos los demás esclavizados, porque si desobedecieran sería peor. Y lo hace porque unos macaquitos que vio en una caja de plástico con luces así se lo recomendaron: es necesario para vivir bien y poder ir de un sitio a otro. Por tu compromiso se te dará un salvoconducto. Lleva la cara parcialmente tapada con un trapo, porque también le dijeron que así conservaría su salud. Ya no parece una persona, es una máscara.



## Forma republicana

Por **Antonio García-Trevijano** - 30 de octubre de 2006

Con independencia de que sea una concepción del mundo, que condiciona el modo de ser y de estar en ella, la forma republicana determina, delimita y define la materia prima que contiene, o sea, las relaciones de poder político en una nación estatal. Esto permite idear una teoría pura de la República, con la misma legitimidad intelectual y rigor de construcción lógica que la "moral formal" kantiana, por ejemplo.

Así como la teoría pura de la democracia no es la de una democracia pura, tampoco la teoría pura de la República pretende que pueda ser realizada con pureza. Es pura porque retira de la realidad material formalizada, los elementos impuros de orden mítico, simbólico, tradicional o ideológico, que no son contrastables ni verificables en el laboratorio de la experiencia histórica. Entre esta teoría política pura y su aplicación a la realidad social, hay la diferencia que existe entre ciencia pura y ciencia aplicada.

Aunque la forma y la materia de lo político constituyen un binomio inseparable, es posible analizarlas por separado para que, depuradas de sus contaminaciones ideológicas, puedan ser sintetizadas en una teoría pura de la República Constitucional. Una teoría cuyo ámbito es más extenso y menos intenso que el de la libertad política, cuya garantía institucional es la novedad creadora de la teoría pura de la democracia, que la complementa. Pues el método democrático solo es aplicable a las materias políticas que permiten, por su naturaleza, tomar decisiones por votación de los afectados.

No trataré aquí de los presupuestos de la teoría republicana (exclusión de los poderes sociales no pertenecientes a lo político, inclusión de los poderes municipales aunque no sean estatales, etc.), pues solo debo trazar los rasgos gruesos de la forma de Estado, determinante del poder, dejando para otro artículo los referentes a la materia de los poderes determinados.

La forma de Estado no puede ser comprendida sin precisar si esa forma es sustancial, accidental, coyuntural o inherente a la materia del poder determinado por ella. La Monarquía absoluta, la dictadura y el Estado totalitario son formas sustanciales o sustantivas de su contenido -la soberanía-, porque el poder soberano, sea el de una persona o el de una abstracción nacional o popular, no tiene más límites que los de su propia potencia. Las Monarquías y las Repúblicas Parlamentarias eran formas accidentales, tan aptas para determinar el poder

monárquico como el republicano. El Estado de Partidos es accidental, por su idéntico contenido en una Monarquía o una República, pero además es una forma de poder coyuntural respecto de la guerra fría que lo determinó.

Las repúblicas de EEUU y Suiza son formas de Estado inherentes a su contenido federal o confederal, pero también formas coyunturales de democracia política, pues ésta no vino determinada por la libertad interior, sino por la unión de sus Estados para la independencia exterior.

Las formas coyunturales, no buscadas sino encontradas al resolver problemas distintos al de la libertad política, pueden dar con ella fundamento y estabilidad democrática al Estado, como sucedió en Suiza y Estados Unidos, o bien crear una estabilidad oligocrática, sin fundamento en la libertad de elección, mediante la formalidad de convertir los partidos en órganos estatales, y la materialidad de combinar la corrupción de partido con la propaganda del "como si" fuera inevitable en la democracia.

La comprensión de la génesis de las formas de Estado abre la vía a este descubrimiento: las relaciones de poder político no las determinan las voluntades derivadas de la distribución social de las posiciones de mando y obediencia -lo que explica el enigma de la servidumbre voluntaria-, sino exclusivamente la Forma de Estado.

La filosofía política no ha caído en la cuenta de que la forma de Estado cumple, respecto de lo político, la misma función que todas las formas realizan en el binomio con su materia: determinarla, delimitarla, configurarla y definirla. Del mismo modo que la forma determina y configura la sustancia material de un leño y lo convierte en mesa, la forma de Estado determina y pone límites a la sustancia enérgica de las potencias humanas, para convertirlas en poderes controlables. Cuando no hay forma jurídica de control del poder, como sucede en el escenario internacional, los Estados y las Naciones se llaman con propiedad Potencias.

Los abusos de poder, si son sistemáticos como en esta Monarquía, revelan que la forma constitucional no ha transformado en poder institucional la potencia de las ambiciones de partido. La conocida fórmula de lord Acton no es más que una simpleza retórica. El poder absoluto se corrompe absolutamente porque no es poder sino potencia. Y no es corrupción, sino naturaleza, que la potencia de los partidos estatales no pueda ser frenada por ningún poder social. El abuso de poder, facultad legal más potencia, traduce una ecuación matemática que las estadísticas podrían cuantificar.

La corrupción es directamente proporcional a la parte de potencia no transformada en poder controlable. Antes de morir, Coleone dijo a los venecianos: "no volváis a confiar el poder a un general, no sabéis el daño que podría haberos hecho". Eso es potencia material y no poder formal.

## Disonancia cognitiva

Por **Atanasio Noriega** - 26 de febrero de 2016

*"La causa primaria del desorden en nosotros mismos es la búsqueda de una realidad prometida por otros".*

-Jiddu Krishnamurti.

Tratar de vencer el marco paradigmático de la situación política que rodea a todos los españoles, es el reto al que se tiene que enfrentar todo repúblico que se precie de serlo, porque es esta condición vital y personal la que marca la diferencia frente a aquellos que adoptan una estética republicana como mero aditamento cosmético y que les adorna, de forma pasiva, mitigando su frustración ante la realidad que les rodea. Más allá de enfrentamientos reaccionarios, esta pugna debe ser entendida como una auténtica revolución que hay que iniciar en nombre de la libertad y la dignidad humana, contraviniendo así los deseos y fantasías del establishment. Renunciando con ello a cualquier premisa de orden ideológico -y por tanto parcial- en favor de la libertad política colectiva.

La condición de ignorantes, sumisa y servil, de la inmensa mayoría de los españoles frente al poder establecido y su aceptación acrítica de la gran farsa y mentira en la que están insertos produce que, inmediata e irreflexivamente, rechacen cualquier muestra de talento e iniciativa particular desarrollada al margen del aparato del Estado. Un Estado, distribuido en facciones, que es percibido como benefactor absoluto y por lo tanto, único responsable, garante y artífice de los males o bondades que les afligan o enorgullezcan. Un aparato de los partidos estatales, que en su afán totalitario no ha dudado en destruir incluso la idea de la nación a la que dice representar, para anular la propia identidad de los gobernados y que así dejen de constituir una entidad corpórea que pueda enfrentarse a su poder omnímodo. Un Estado este que, en su concepción fascista y franquista, pretende integrar el espíritu de las masas en su interior, anulando a toda la clase gobernada y utilizando

la nihilista socialdemocracia, como herramienta imprescindible, para obtener el consenso de toda la oligarquía que lo compone. Es tan agudo el delirio colectivo en el que está sumida nuestra sociedad que el mero hecho de tratar de señalar lo evidente, la necesidad de unidad nacional como requisito previo e indispensable para cualquier Estado o Constitución (y que está al margen de cualquier consideración posterior e ideológica) se asocia, de forma casi automática, a la anterior dictadura del general Franco. Un régimen autoritario cuya forma de gobierno y ejercicio del poder estatal ha calado en todos ellos, impidiendo la reflexión sobre lo que significa la palabra nación y su precedencia temporal sobre la palabra Estado. 'Si Franco era España, nosotros no somos nada' se repiten una y otra vez, asiéndose de este modo a un deseo ilusorio que denominan 'derecho a decidir' y que expresa un sentimiento de rebeldía irracional frente a la opresión propagandística del ejercicio del poder faccioso vigente. Un eufemismo del inaplicable derecho de autodeterminación y que ninguna región, de cualquiera de las naciones históricas previas a la revolución francesa tiene, como bien señaló el líder ruso (y máximo exponente en la materialización de las ideas comunistas-marxistas) Vladímir Ilich Uliánov Lenin.

Como producto de este descomunal esperpento, que sin duda será estudiado como ejemplo del poder dominador que la apropiación de la cultura y las ideologías, por parte del Estado, puede ejercer sobre los individuos gobernados, se derivan ideas claramente patológicas y aberrantes cuya aplicación material no puede más que conducir al desastre y el fracaso colectivo. Profundizar en este aspecto y demostrar cómo el pensamiento ecléctico de la clase política, que atesora y monopoliza la composición del Estado, es incompatible con el enriquecimiento cultural de la nación, sería un tema extenso para desarrollar y analizar y creo debemos aplazarlo, por cuestión de claridad metodológica, hasta la llegada de próximos artículos.

Reconocer hechos históricos como el de un monarca Juan Carlos de Borbón, que participa (junto a líderes políticos de todas las facciones estatales) y diseña un golpe de estado militar ejecutado para destituir a Suárez y fracasado el 23 de febrero de 1981, que ya gran cantidad de historiadores y periodistas de nuestro país conocen, asumir que el documento fundacional, de carácter reformista, que tenemos, y al que hacen llamar Constitución, fue creado en un despacho, en secreto y sin la participación del pueblo gobernado, reflexionar sobre lo que realmente constituye la parte formal de la democracia y que se desarrolla mediante la representación